



loqueleo

© 2023, Roy Berocay, Daniel Soulier
© De esta edición:
2023, Ediciones Santillana, S. A.
Juan Manuel Blanes 1132. 11200.
Montevideo, Uruguay
Teléfono: 2410 7342
www.loqueleo.com/uy

ISBN: 978-9974-92-488-8
Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: septiembre de 2023

Dirección editorial:
Viviana Echeverría

Ilustraciones:
Daniel Soulier

Diseño de colección y maquetación:
Gabriela López Introini

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Katia la apagadora



ROY BEROCAY
Ilustraciones **Daniel Soulier**

loqueleo

Firulí no podía parar de toser.

Para los que nunca vieron toser a uno, la tos de un firulí es medio graciosa, con un sonido finito, algo así como kij, kij, kij, en vez del conocido cof-cof.

La tos llamó la atención de Firulá, que estaba en el otro cuarto.

–¿Qué pasa, Firulí?

–Tengo kij-kij tos kij-kij.

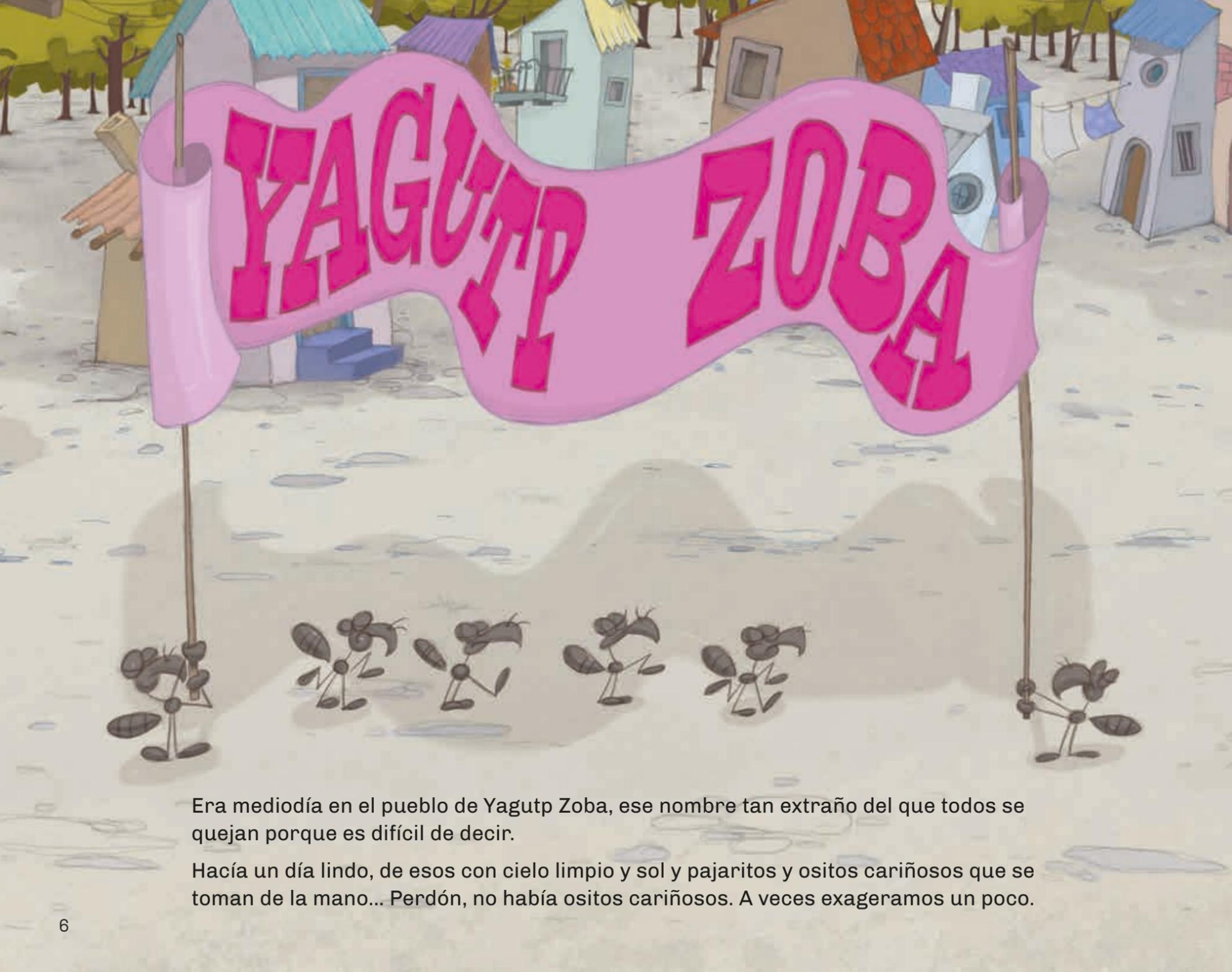
Pero cuando Firulá iba a decir algo, ella también empezó a toser.

Aquello parecía un concierto de toses, que una tos por aquí, otra tos por allá, por todas partes tos-tos.

–¡Humo! –exclamaron los dos al mismo tiempo entre tos y tos.

Era verdad, por la ventana entraba humo. No se habían dado cuenta porque al comienzo era como un humo suave, apenas visible. Pero ahora era un humo más grueso, espeso y oscuro, que venía desde afuera.





Era mediodía en el pueblo de Yagutp Zoba, ese nombre tan extraño del que todos se quejan porque es difícil de decir.

Hacía un día lindo, de esos con cielo limpio y sol y pajaritos y ositos cariñosos que se toman de la mano... Perdón, no había ositos cariñosos. A veces exageramos un poco.

Lo que sí había era otros bichos.

Estaban Zoilo el zorrillo, Peripecio el puercoespín, Renata la rescatadora y los demás, así no perdemos el tiempo nombrando uno por uno a todos, ¿no?



Y lo que también había era un sonido, como un gran coro. Algo parecido a una murga que trata de cantar y comer polenta al mismo tiempo.

Yanisa, la mulita, andaba por ahí con su cuaderno de música, tratando de escribir las notas de aquella melodía formada por decenas de toses.



Sí, toses. ¿Es que ya se olvidaron del humo?

El humo que entraba por la ventana de la casa de Firulí y Firulá, ¿se acuerdan?

En eso llegó don Pirín, el alcalde comadreja, muy apurado y tosiendo con esa tos tan especial que tienen las comadrejas.

No hace falta explicar porque seguro todos oyeron toser a una comadreja alguna vez.



–¡Hay humo! –dijo don Pirín extendiendo sus brazos.

–¡Genio! –aplaudió Chiquito la lagartija–. Por eso lo voté.
¿Cómo se dio cuenta?

–Bueno, porque... –don Pirín iba a contestar y se dio cuenta
de que, entre tos y tos, los bichos se reían de él.



–Hay que solucionar esto –reclamó Zoilo el zorrillo, y levantó su cola, pero la bajó porque el humo lo hizo lagrimear, pero no de la emoción.

–Sí, hagamos una reunión para discutirlo
–propuso Eulalio, el carpincho.

–No la compliques, Eulalio, cof cof, cof
–dijo Renata, la rana rescatadora–.
Hay que averiguar qué pasa.

